

CASA DE GUADALAJARA



Dicen que recordar es volver a vivir, que los recuerdos embellecen la vida, pero alguien ha añadido que sólo el olvido la hace tolerable. Y esto es una gran verdad porque no podemos mantener ni en la mente ni el corazón todas las vivencias. Hay que ir despojándose de ellas, abandonando en el camino de la vida, que diría Dante, amistades, recuerdos, afectos, memorias, sustituyéndolos por otros, en un incesante relevo que muchas veces nos hace lamentar lo perdido. Eso es lo que he pensado al leer el original del libro, en el que Tomás Gismera ha recogido la pequeña historia de la Casa de Guadalajara en Madrid con el acierto que de él se esperaba. Ha fijado en el libro los avatares, las incidencias, las ilusiones, las renunciaciones y las frustraciones, que de todo ha habido en el camino de creación y consolidación de nuestro Centro. Pero no se ha limitado a historiar la Casa, sino que ha ampliado su estudio para considerar, como marcan las pautas historicistas, también sus causas, sus orígenes, sus raíces, especialmente las provinciales, que son el fundamento de la existencia de la Casa de Guadalajara en Madrid.

Es un libro que se echaba en falta, y nadie mejor que Gismera, por su vinculación y por su experiencia, para escribirlo. Ha tenido que trabajar mucho en archivos y hemerotecas para acopiar la profusión de datos estadísticos que reflejan la situación de la provincia, con su repercusión en el porcentaje de alcarreños asentados en Madrid. Es algo que tenemos que agradecerle.

Naturalmente, es un libro que interesará principalmente a los alcarreños, gentilicio que, en su sentido más genérico, amplió a los residentes en Campiña, Sierra y Señorío. Para mí, como alcarreño y como socio, y también por mi edad, ha supuesto su lectura una auténtica conmoción. Porque en el texto, se mencionan personas y acaecimientos que a mí me han golpeado en el alma, porque los he conocido o vivido, como protagonista en algún caso, como testigo en otros, y, el resto, como analista que he sido durante setenta años (desde 1941 en que empecé a escribir en Nueva Alcarria) de la actualidad provincial. Y no creo que nadie niegue a los avatares de nuestro Centro en Madrid su condición de provincial. Sólo diré, para enjuiciar su calidad, que empecé a leerlo por curiosidad, contando con que no iba a tener la amenidad de una novela, y cuando me di cuenta ya llevaba tres horas leyendo.